

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.)

PANEGÍRICO

de S. Alonso Rodriguez, de la Compañía de Jesús, predicado el día 29 de Julio en El Colegio máximo de Oña por el Dr. D. Zacarías Metola, Canónigo Lectoral de la S. I. Metropolitana de Burgos.

Beatus vir cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit, in valle lachrymarum, in loco quem posuit.

PSAL. LXXX, 6 ET 7.

Bienaventurado el varon cuyo socorro es de tí: dispuso subidas en su corazon, en el valle de las lágrimas, al lugar que asentó.

Excmo. é Ilmo. Señor, venerable Comunidad, hermanos míos en N. S. Jesucristo:

Ya que por gracia vuestra, y

sin mérito alguno de mi parte voy á tener la altísima honra de predicar la divina palabra en este sagrado recinto, en ocasion tan solemne, á un concurso tan piadoso como ilustrado, y toda vez que para mayor gloria de Dios asistimos á un espectáculo tan edificante y consolador, paréceme que debo hablar hoy sin figuras el habla santa de la Religion. ¿Qué veis en medjo de estas magestuosas solemnidades que para gloria de Dios y de sus Santos celebran gozosos los ilustres hijos de Loyola? ¿Qué sucede, hermanos míos? ¿Qué voces son esas que suenan en nuestros oídos, salidas de diferentes centros del mundo, y llevadas en opuestas direcciones? Lo diré con libertad apostólica sin ambages y sin metáforas. Lo que se vé en estas hermosas manifestaciones de nuestra santa

fé católica, lo que se destaca desde el fondo de estas solemnidades religiosas, lo que se presenta á nuestros ojos radiante como un sol en la plenitud de su brillo y de su pureza es la inmortal enseña del Jesuitismo, levantada á presencia de este siglo racionalista y sensual, enemigo implacable de la fé y de la santidad. Lo que sucede es que se han presentado á la consideracion del mundo moderno *tres casos fulminantes de Jesuitismo* en las personas de Pedro Claver, Juan Berchmans, y Alonso Rodriguez, y de aquí esas voces opuestas, rivales, contrarias que suenan en nuestros oídos, diciendo acerca del Jesuitismo como en otro tiempo de Jesucristo, unas que es bueno, otras que es malo, enemigo de la sociedad moderna y de sus gloriosas conquistas. *Allii dicebant quia bonus est; allii autem non. quia seducti turbas.*

Yo vengo á decir muy alto que el Jesuitismo es bueno, y lo digo apoyado en una premisa divina, en una sentencia de Jesucristo, segun la cual el árbol malo no puede dar frutos buenos, y en eso se conoce que es malo, en que dá malos frutos, pero el árbol bueno no puede dar malos frutos, y en eso se muestra su intrínseca bondad, en que dá buenos frutos.

Bueno es el Jesuitismo, santo es puesto que engendra santos; santo es este árbol tres veces secular puesto que dá al mundo esos frutos de oro del cielo, Pedro Claver, Juan Berchmans, y Alonso Rodriguez que con su fragancia embalsaman la tierra, *y son amados de Dios y de los hombres.*

Tócame á mi desempeñar el honroso, pero difícil ministerio de hacer públicas las maravillas obradas por Dios en su fidelísimo siervo, Alonso Rodriguez, uno de los tres santos Jesuitas recientemente canonizados por el infalible Magisterio de Su Santidad Leon XIII.

Dovotísimo como soy de la Compañía de Jesús y admirador entusiasta de sus glorias no extrañareis que me asocie de corazón á los trasportes de santa alegría con que celebra en sus Casas y Colegios la canonizacion de esos tres astros de santidad que son su mas puro gozo y su mejor corona. No espreis de mí un trabajo esmerado; no os forjeis la ilusion de que vais á saborear peregrinas bellezas oratorias, ni os figureis que vengo cargado de tesoros científicos para embellecer con ellos la historia de nuestro Santo.

Aunque mi pobre inteligencia hubiera podido remontarse hasta la altura del asunto, y ponerse fá-

cilmente al nivel de vuestras esperanzas y de mis anhelos, hubiéranlo impedido en esta ocasión la falta de tiempo y sobra de ocupaciones. Por otra parte las amarguras de lo presente y los temores de lo futuro no dejan al entendimiento discurrir y solo quedan fuerzas en el corazón para sentir.... Permittedme, pues, que no quiera saber ni predicar entre vosotros otra cosa que á Jesucristo clavado en la cruz por amor, y que, entregado el corazón á la espontaneidad del sentimiento, me cuide poco del arte que ordena, que pesa, y que mide, y que prefiera la retórica de Dios, el pincel del Espíritu-Santo, y el decir ingénuo de sus apóstoles. Dejemos el culto del arte por el arte á retóricas sin fé, sin corazón, atentos al número, esclavos del acento, del punto y de la coma, como aconseja discreto y entendido maestro. Ministro de Cristo y dispensador de sus misterios, sin desdeñar las reglas de tono, peso y medida, trazadas para las obras artísticas, debo invocar y preferir las regalías de libre expansión, reconocidas y sancionadas para el amor divino, alma y vida de la predicación católica, artista soberano de nuestros tipos sobrenaturales, de esas obras maestras de Dios que es admira-

ble en sus Santos. Así es como vengo á cantar la gloriosa exaltación de Alonso Rodríguez, decretada por el Vicario de Jesucristo en la tierra en vista de su eminente Santidad, sellada con numerosos milagros.

Merecía estos honores el bienaventurado varón que apoyado en el auxilio de Dios, y movido de su gracia soberana dispuso sublimes ascensiones en su docil corazón, y logró elevarse desde este valle de lágrimas hasta la patria de las eternas alegrías donde moran en quieta ventura los domésticos de Dios y ciudadanos de los Santos. Cosechó dentro de su corazón inestimable tesoro de virtudes y derramó para edificación de las gentes copiosísimo raudal de gracias y carismas con que el Señor, rico en misericordias y largo en bondades enriqueció á su siervo, en premio de su profundísima humildad, punto de partida de sus progresos espirituales, granítico fundamento de elevación sobrenatural y sublime característica de su santa y admirable vida.

Dejemos, pues, consignado que el humilde portero de la Casa de Mallorca, mostrándose desde la infancia prevenido con el auxilio de Dios y dotado de maravillosa fidelidad á las sobrenaturales mo-

ciones de la divina gracia dispuso en su corazón sublimes elevaciones, y logró en efecto subir de virtud en virtud hasta unirse con la más íntima y amorosa lazada con el Rey de la gloria y Señor de las virtudes. Queda indicado mi pensamiento que voy á formular de la manera siguiente: «La fidelidad de Alonso Rodríguez á las inspiraciones de la divina gracia es el resorte que explica sus pasmosos crecimientos en la escuela de la Santidad.»

Nada es el que planta y nada es el que riega si Dios no da el incremento. Pidámosle humildemente la gracia que ilumina y fecundiza el campo místico de las almas, mediante la poderosa intercesión de la Virgen María, *cance nato* del río de las gracias, saludando á la Señora con las palabras del Ángel, *Ave María*.

(Se continuará.)

VARIETADES.

D. DUDAS.

D. Dudas era un señor que tenía la cabeza como una olla de grillos, á consecuencia de haber leído muchos libros malos y haber practicado pocas obras buenas; era un filósofo que se reía de todo desde que había aprendido, en no sé qué autor *positivista* que la misión del hombre sobre la tierra solo consistía en

comer bien, beber mejor y dormir á pierna suelta, dejando á un lado preocupaciones y quimeras.

No hay que decir que para D. Dudas, eran quimeras todas las verdades cristianas que no convenían á su vida regala.

Quimera; la existencia de un Dios omnipotente, criador y conservador del universo.

Quimera; la existencia de un alma inmortal llamada á destinos eternos.

Quimera; la sanción moral de las acciones humanas, con los premios y castigos de otra vida.

En fin, quimera, todo lo que no fuese comer como un lobo, dormir como un perro y charlar como una cotorra.

—Pero, señor D. Dudas, díjale yo un día paseando al pié de un cerrillo donde solía encontrarle algunas tardes; esa filosofía que usted profesa es una filosofía *perruna*. ¿A quién le ocurre creer que la mejor de todas las doctrinas, es carecer de ella, y el mejor de todos los sistemas, tenderse á la bartola, dejando rodar al acaso la bola de nuestro destino? No parece sino que el negocio de nuestra felicidad eterna, sea negocio de poca monta.

¡Felicidad eterna! exclamó D. Dudas soltando una carcajada. ¿Quién piensa en tales niñerías?

—Pero, hombre, ¿está usted loco? ¿Acaso no cree usted que tras esta vida de peregrinación hay otra donde cada ser alcanza el fin para que fué criado? ¿Acaso duda usted que según sea buena ó mala, la conducta de los hombres ha de tener su premio ó su castigo? ¿Es que usted no cree en el Cielo ni en el infierno?

—¡Phse! Diré á usted, contestó el viejo sonriendo; en el Cielo no tendria dificultad de creer, porque á nadie le amarga un dulce; pero francamente, en el infierno, no, no.

—¿Por qué?

—Porque no le he visto.

Entonces el esceptico filósofo, desenroscando la culebra de su necia filosofía, empezó á llenarme la cabeza de argumentos, para demostrarme que la mayor de todas las locuras era dar crédito á lo que *no se ve*, y pasar mal la vida presente por huir los peligros de la venidera.

—Nada amigo mio, exclamó con énfasis al terminar su perorata; hay que ser *práctico* y dejarse de ilusiones y tonterías: la vida es corta y conviene pasarla lo mejor posible, sin abandonar lo cierto por lo dudoso. Comamos y bebamos, que mañana moriremos.

—¿Y quién ha dicho á usted que es dudoso lo que la Religión enseña sobre los premios y los castigos eternos?

—Ta, ta, ta, ¿quién ha visto los castigos eternos?

—Es, que sin verlos, han creído en ellos las generaciones de sesenta siglos.

—Creían lo que no veían.

—Pero lo creían porque alguien lo habia revelado. Lo habia revelado Dios, lo habian predicado los Profetas, lo habian testificado los Santos, lo habia dicho el mismo Jesucristo y lo habia confirmado la razon de la humanidad entera, convencida, por su buen sentido, de que era imposible dejarse de haber justicia en el Cielo, ya que no la habia en la tierra.

—¡Tonterías!

—Pero, señor D. Dudas, ¿es posible que la virtud de los justos, la abnegacion de los Santos y el sacrificio de los mártires, sea precisamente la necesidad y la tontería; y que la avaricia de los egoístas, la malicia de los malvados y el cinismo de los tunantes, sea la sabiduría y la perfeccion? Porque no hay medio; si el infierno y el Cielo no existen, el vicio es una virtud y la virtud un vicio. ¿Se ha fijado usted en la fuerza de este argumento?

—Nada, amigo mio, no entiendo de argumentos. Ni por esas ni por las otras me convence á mi nadie de la existencia del infierno. *No creo lo que no veo.*

—Tentado estuve de volver la espalda al testarudo viejo, cansado de su terquedad; pero en vez de hacerlo, solté la carcajada, dile un abrazo, y concebí en aquel instante el proyecto de darle una broma.

—Eche usted esos cinco, mi queridísimo D. Dudas, exclamé. Su entereza de usted me deja pasmado. Veo que es usted un estóico de piedra berroqueña, el espíritu mas fuerte que he conocido. Además, ¿quién sabe si tendrá usted razon? ¿quién sabe la serenidad y la calma que puede haber en tan flamante filosofía? Usted no cree lo que no ve; pues bien: yo tambien quiero imitarle. Desde hoy empiezo á ensayar el sistema *positivista*.

—¡Hombre! exclamó D. Dudas lleno de admiracion: ¿es posible? ¿Tendria yo la suerte de haber contribuido á...

—Sí, señor, y tan posible. Pasemos á esta casita y tomaremos algo mientras departimos amigablemente sobre nuestra nueva doctrina.

La casa á que yo invitaba á D. Dudas, era una finca de mi propiedad, próxima á una gran mina en explotacion de la que yo era el principal interesado.

—Muchacho, grité á un criado, trae pasteles y unas cuantas botellas, que quiero obsequiar á este caballero.

Al mismo tiempo le deslicé unas palabras al oído.

Momentos despues el criado nos ponía delante las botellas y los pasteles.

Inmediatamente avancé sobre las primeras, y llenando y vaciando copas di comienzo al improvisado banquete fingiendo la mas bulliciosa de todas las alegrías.

—¡Muy bien amigo D. Dudas, exclamaba yo con entusiasmo, ha empezado usted á abrirme magníficos horizontes. No me habia yo fijado aun en lo que era el positivismo moderno. ¿Quién sabe toda la felicidad que podrá haber en esa fórmula de *no creer lo que no se vé*: en ese *pirronismo* (1) sublime y cómodo, lema quizás de la verdadera dicha humana? mas ¡por Bacol que he de probarlo pues ni usted mismo ha de aventajarme desde hoy á ser práctico positivista. ¡Atrás para siempre todos los fantasmas! ¡atrás todas las quimeras! atrás todas las preocupaciones que se opongan á mi felicidad! Desde hoy lo que mis ojos no vean no llegará á creerlo mi corazón. Brindemos, pues, por la gran doctrina y postremos ante el altar de la despreocupacion juremos desechar toda verdad que no comprueben nuestros sentidos. ¡Viva

(1) Pirronismo siste...a filosófico que consiste en dudar de todo.

el excepticismo! Comamos, bebamos, que mañana moriremos.

D. Dudas estaba admirado y con la boca abierta: comenzó á sospechar que yo estaba chispo.

Esto dió nuevo aliciente á la improvisada merendola, y desde aquel momento la juerga fué completa y las copas menudearon de lo lindo.

Más de repente he aquí que mi criado se presenta en la puerta de la habitacion pálido como la muerte y con los ojos abiertos y espantados.

—¿Qué ocurre? ¿qué ocurre? preguntamos los dos á la vez.

—Una cosa gravísima. Los trabajadores de la mina *Carmen*, á consecuencia de aquella cuestion del otro dia tratan de vengarse de usted; han hecho un socavon en direccion de esta casa y lo han cargado de dinamita para dispararlo mientras nos hallamos dentro. ¡Huyamos inmediatamente!

—¡Cáscaras!, exclamó D. Dudas dando un tremendo salto y dirigiéndose hacia la puerta.

Pero antes que el viejo llegase, la habia yo cerrado ya y me volví tranquilamente á la mesa á destapar otra botella.

—¿Qué hace usted? exclamó el pobre hombre aturdido, sin comprender la razon de aquella calma.

—No lo ve usted, seguir bebiendo. ¿Quién se ocupa en peligros imaginarios? Ni usted ha visto la mina, ni yo tampoco. Siéntese usted y merendemos.

—¡Abra usted la puerta! gritó don Dudas arrojándose á ella enérgicamente.

—Pero chico, dije yo al criado, ¿tú has visto la mima?

—No, señor.

—¿No oye usted? dice que no la ha visto. Siéntese usted, y empiece este pastelillo.

—O la abre usted ahora mismo ó la tiro á patadas, exclamaba el viejo agitando como un loco:—usted está embriagado! usted está borracho! abra usted inmediatamente!

—Pero señor D. Dudas, exclamaba yo con espantosa calma. Hace un momento era usted todo un positivista, ¿qué se ha hecho de su encantadora filosofía? ¿qué se ha hecho de aquella *duda sistemática*, de aquel *pirronismo estoico*, de aquella sublime indiferencia?

—¡Abra usted, borracho del demonio! gritaba el viejo.

—Usted no es filósofo....; usted es un fanático.

—Abra usted la puerta.

—De ningún modo. He jurado no creer lo que no veo, y lo cumpliré. Jesuista, los Profetas, los Santos, los sabios de todos los tiempos, las generaciones de todos los siglos, no pueden convencerme con su fé, con sus razones y con sus milagros, de que existe para mí un peligro eterno, y quiere usted que por el *se dice* de un pobre criado huya desprovisto de un peligro temporal?

Al oír aquellas palabras D. Dudas, levantó la cabeza, lo comprendió todo y cayó desfallecido en una silla, limpiándose el sudor.

La broma había sido terrible.

—Amigo mio, exclamé echándole el brazo por el cuello. ¿Se ha convencido

usted, por experiencia, de lo que es el positivismo? Hace un momento se burlaba usted á mandíbulas batientes del testimonio de la humanidad entera que, con pequeñas excepciones, ha afirmado siempre de comun acuerdo la existencia del mayor de todos los peligros, y un instante despues, ante la simple afirmacion de un pobre criado, se levanta usted despavorido para huir de un peligro imaginario. ¿Puede darse mayor insensatez? Pues tal fué siempre la lógica de la impiedad. La impiedad lo cree todo, menos lo que no debe creer: lo duda todo menos lo que no debe dudar. La razon, la historia, el sentido comun, le predicaban verdades y las niega: la pasion, la ignorancia y la malicia, le cuentan fábulas y las cree.

¿En qué consiste tal misterio de locura?

¡Ay, amigo mio! en que Dios acaba por dejar verdaderamente ciegos á los que voluntariamente cierran los ojos para no ver.

Despues del *filosófico* bromazo, Don Dudas no volvió á marearme mas la cabeza con su *filosófica* algarabía.

A. C. y G.

(La Lectura Popular.)

¿POR QUÉ?

Sempiterna pregunta de los humanos á la Providencia. Y cuidado que no hablemos de los que la increpan, sino de cuantos piensan estar á la Providencia sometidos y la acatan, pregonan y veneran.

Diz que una remilgada señorita, al parecer muy discreta, decia á su mamá,

individua de las que la prensa pone siempre entre las de la caridad cristiana, por más que no asista á las sesiones.—

Mamá ¡esto es inaguantable! ¿por qué Dios me dá tal desazon? Despues de haberle encomendado tanto que no faltara nunca mi Arturo al teatro y así no se mofarán de su independenciamis amigas: despues de haber cumplido él con mis deseos durante dos años: ¿por qué Dios consiente, que se burlara de mi ayer, haciéndome pesadísima broma, hasta el extremo de que violentado mi corazón haya llegado á la necesidad de despedirle?—

—Ciertamente no se comprende, repuso la antigua educanda de institutos religiosos franceses; ciertamente, hija mía es incomprensible.—

No advirtieron ambas que una pobre mujer del pueblo murmuraba entre dientes:—¡Providencia de Dios!—

Arturo era el prototipo de la elegancia, de correctísimas facciones, alto, de esbelta estatura y de familia distinguida que le educó cristianamente, aprendiendo él despues á *merveille* la cultura moderna; era para desesperar á la coqueta más recalcitrante.

El desdén de Mariquita fué la gota de agua, que decidió á Arturo á aceptar la proposición de uno de sus compinches para trasladarse á Buenos-Aires de tenedor de libros de un Banco.

Al comunicar á su familia el proyecto, mesábase los cabellos la buena de su madre y exclamaba: ¿por qué Dios quiere arrebatarme al hijo de mis entrañas? ¿no podría hacer su fortuna permaneciendo á mi lado? ¿y no perderá sus buenos

sentimientos entre los descreídos de América?

Y ni por nada prestaba oído á su bondadoso marido, que para consolarla decía:—¡mujer! ¿qué sabemos nosotros de los designios de Dios?

Nuestro semi-calavera dejó la casa paterna y yendo á lejanas regiones, dió rienda suelta á sus instintos. Comenzó por frecuentar las sociedades católicas, de las cuales habia sido miembro en su patria, y no sabia en su corazón desasirse de ellas. Allí trabó amistad con el presidente de los jóvenes católicos D. J. H., persona de sumo influjo y capaz de atraer á sí á los mas empedernidos. La influencia de tan buen amigo duró poco.

(Continuará.)

COLECCION

DE

Sermones, homilias y panegiricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.



Imp. CATOLICA, Huerto del Rey 13.